



Kryptonita: un Superman argentino entre Patoruzú y Afanancio

Oyola, Leandro (2011): *Kryptonita*. Buenos Aires, Mondadori, pp. 217.

Sihuén Yema*

Mi primer contacto con la fantasía heroica no proviene de los mitos griegos o americanos. Los primeros años de mi imaginación no se moldearon en base a los héroes épicos provenientes de la tradición literaria europea. Tampoco fueron los superhéroes norteamericanos los primeros que, utilizando disfraces y súper poderes, me hicieron querer combatir a los villanos y defender a los inocentes. Los primeros personajes que comenzaron a formar mi idea de lo que debía ser un héroe fueron El Zorro y Patoruzú.

Solía comprar todos los fines de semana (o cada quince días, ya no lo recuerdo con precisión) las historias de ese aborigen bueno, generoso y lleno de imprecisiones históricas que Dante Quintero había creado. Uno de los elementos que llamaba mi atención era que su vocabulario era similar al que yo oía todos los días; el otro era que el escenario de sus aventuras era la misma Patagonia que yo habitaba. Había algo mágico, especial, en Patoruzú. Algo que hacía que -si bien yo no esperaba cruzármelo en la calle, como algunos niños miran el cielo esperando a Superman- tampoco podía estar seguro de que no existiera.

* Sihuén Yema nació en Neuquén y vive en La Plata desde el año 2001. Se recibió de Profesor en Letras en la U.N.L.P. En la ciudad de Neuquén publicó un libro de cuentos, *Afuera es noche* (2007), por la Editorial Bekar. Actualmente trabaja como docente de nivel secundario.

Es lector de comics desde muy pequeño. Traduce comics para el Foro <http://novenadimension.com>
sihueny@hotmail.com

En esa línea imprecisa entre la realidad y la ficción ubicaba a Patoruzú en mi mente, hasta el día en que, al adquirir la última revista que registraba las aventuras del Cacique Tehuelche, noté algo extraño. Transitadas las primeras páginas de la revista, descubrí con una sensación imprecisa que la historia la conocía, que ya la había leído. Lo que había sido publicado como una historia nueva (hasta lo decía en la tapa) era en realidad una vieja historia a la que se le había colocado una nueva tapa. Este descubrimiento quebró algo en la manera de percibir las historias de Patoruzú. Indudablemente él era ahora un personaje de ficción. No era real. Era tan lejano para mí como el Zorro que residía en California. Ya no era real.

El tiempo pasó y luego vinieron los superhéroes norteamericanos. Los de DC Comics preferentemente. Batman (mi favorito), Superman, Wonder Woman, etc. Con estos nuevos héroes nunca tuve la cercanía que había tenido con Patoruzú; eran personajes de ficción. Por algunos de ellos sentía gran aprecio y admiración, pero no era nada más que eso. De alguna manera, aunque su ética y moral en la mayoría de los casos eran tan o menos intachables que la del cacique, eran más modelos a seguir que personajes que yo deseaba conocer. Sus ciudades eran ficticias y muy distintas a las que yo conocía, su tecnología era superior e inexistente, sus vestimentas eran extrañas y en algunos casos poco apropiadas para una actividad física que incluía viajar al espacio, saltar edificios y luchar contra seres todopoderosos.

Luego de leer *Kryptonita* de Leandro Oyola volví a sentir esa sensación de que los superhéroes pueden estar allí afuera. Pero no con trajes especiales ni poderes demenciales. Ni siquiera precisan ser superhéroes a la manera que los define el comic, pero una pizca de realidad puede haber en las historias de Batman o Superman.

Esta percepción proviene del uso que hace el autor de un recurso ya conocido en el mundillo de los comics, me refiero a lo que la compañía DC Comics, editora de las historias de los superhéroes mencionados anteriormente, denomina *Elseworlds* (literalmente, "Otros mundos"). En estos *Elseworlds*, a los autores se les permite cambiar detalles de las historias de sus personajes. Alterar su presente, futuro o pasado para situarlos en un lugar o situación distintas a las de su historia regular. Producto de esta alteración hemos tenido un Superman comunista o medieval, un Batman nacido en

Metrópolis, héroes intentando detener el juicio final y un largo número de etcéteras. Todas estas historias parecieran plantearse como la respuesta a una pregunta, por ejemplo “¿Qué sucedería si Superman nunca hubiese dejado Krypton?”. *Kryptonita* pareciera haber surgido como respuesta a la pregunta “¿Qué hubiese sucedido si los superhéroes de la liga de la justicia hubiesen nacido en el conurbano bonaerense?” La respuesta es, aparentemente, muy sencilla: “Serían delincuentes”.

Pero, tras la aparente sencillez de la respuesta, no se encuentra una simple traslación de los personajes a nuestra tierra y un cambio del deseo de justicia por una sed de injusticia. Así como Afanancio, el célebre personaje de la historieta nacional de los años 60 y 70 era ladrón y al mismo tiempo un justiciero (ya que si bien su cleptomanía lo llevaba a cometer delitos, muchas veces sus víctimas eran otros delincuentes), los personajes de *Kryptonita* guardan algo de esa dualidad, debido a que el autor busca trazar la formación de los mismos a través de hechos relevantes de su vida. Y si hay algo que se repite en todos los personajes, en todas las anécdotas y situaciones, es la injusticia. Desde el comienzo mismo de la novela, que tiene por escenario la guardia de un hospital, la injusticia se hace presente con la muerte de un delincuente menor de edad al que los médicos no intentaron salvar. Este hecho no es presentado como una novedad por el narrador. El médico que relata la historia nos lo señala como un suceso común, al igual que las guardias extensas o la locura y el alcoholismo de sus colegas. La muerte del muchacho convoca al consultorio a un demonio amarillo, el Demonio Etrigan (aunque nunca es llamado por su nombre). Este personaje poco conocido, excepto para los lectores de comics, permanecerá allí durante toda la obra, como un recordatorio de la injusticia cometida.

Pini, conocido como Nafta Súper, nuestro Superman criollo, el líder de una banda de delincuentes, es llevado de urgencia al hospital con un pedazo de vidrio verde perteneciente a una botella de cerveza *Heineken*. La historia de Nafta Súper es contada por el resto de los miembros de la banda: Lady Di -un travesti que encarna a La Mujer Maravilla-, Ráfaga (Flash), Faisán (Linterna Verde) y otros. Pini jamás hablará con voz propia en toda la historia; cada personaje recordará una anécdota, una situación que nos permitirá caracterizar tanto la personalidad de Nafta Súper como la suya propia y el entorno en el que se formaron. Es una historia llena de desigualdades, marcadas desde la niñez de los personajes. Esa es una lección que todos ellos aprendieron de pequeños. Como cuando Pini, de niño, esperaba que

Carozo y Narizota fueran hasta su casa a tomar la merienda con él, como hacían en su programa de televisión, hasta que alguien le contó que los adorables peluches nunca cruzaban la avenida General Paz.

La historia no busca en ningún momento resaltar los poderes que poseen los personajes (aunque estos poderes son reales) sino su comportamiento, su entorno, su mundo lleno de carencias, de calles de tierra, de muertes evitables como la de la familia de Faisán al incendiarse la casilla en la que vivían, o de las dificultades para acceder a una adecuada atención médica. Esto último queda claro cuando se narra que el hijo de Pini debió someterse a una operación y, si no hubiese sido por la intervención del Pelado (Lex Luthor) hubiese sido imposible, por carecer de obra social.

En cuanto a la construcción del discurso de los personajes, que hace a la construcción de la realidad en la novela, cabe señalar que éstos, criados en un ambiente marginal, son dueños de una gran claridad y orden en su discurso. No existe una representación exacta de lo que tradicionalmente se esperaría del discurso marginal o delictivo (con todos los preconceptos correspondientes y suponiendo que exista *un* discurso marginal y delictivo). Los personajes utilizan un discurso claro y ordenado, coloreado de vocablos y giros idiomáticos que pueden asociarse a los grupos sociales mencionados. Llama también la atención el correcto uso del inglés en algunos casos, por parte de personajes que no explicitan haber tenido educación formal en el idioma.

Si bien *Kryptonita* no es una novela que podría clasificarse como realista, logra sin embargo sostener un importante grado de verosimilitud, que hace que el lector pueda identificarse o reconocer ese mundo que habitan y esas situaciones que atraviesan los personajes. Quizás el capítulo que menos respeta esta intención es el que recrea la muerte de Superman. La muerte de Superman fue un manotazo de ahogado de la compañía editora de las historias del superhéroe que veía cómo las ventas disminuían y, para rescatarlo de la desaparición, decidió matarlo, sólo para revivirlo unos meses después. En *Kryptonita* el autor parodia la historia haciendo de Doomsday, asesino de Superman y personaje creado especialmente para esa historia, un policía denominado Cabeza de Tortuga, por la indumentaria del equipo especial GEO que utiliza. Todo en esta escena es exagerado, pero algo queda en claro: nada puede matar a Pini, excepto ese pedazo de vidrio clavado en la espalda que hizo que

debieran llevarlo a la guardia del hospital, dejando en vilo a todos los personajes que aguardan su recuperación. Mientras tanto, la policía se agolpa a las afueras del hospital, buscando el momento oportuno para ingresar y deshacerse de la banda de delincuentes.

Pero no es Doomsday el único villano que aparece, también están retratados el Joker, un negociador de la policía llamado Corona por su similitud con el cómico, y el infaltable Lex Luthor, que no es policía ni político como podría esperarse, sino que también es delincuente, líder de una banda rival.

Quien piense que al convertirlos en delincuentes Oyola de alguna manera traicionó el espíritu de estos Superhéroes que pertenecían a La Liga de la Justicia, se equivoca. Los personajes de *Kryptonita* aún siguen buscando justicia, pero una justicia que les permita sentirse iguales dentro de un sistema que diferencia, separa, aparta y crea desigualdades. En el comic norteamericano los superhéroes luchan por mantener al sistema funcionando y hacer justicia dentro de ese sistema, con Superman como máximo representante. En *Kryptonita* la única manera que encuentran Nafta Súper y sus compañeros de hallar la justicia que nunca les otorgó un sistema que excluye, rechaza y genera desigualdades, es volverse contra el mismo y enfrentarlo desde la marginalidad.